

Los SWIFT

*Una galería de
sinvergüenzas*



Beth Lincoln

*Con ilustraciones de
Claire Powell*



Los
SWIFT

Para Stuart, mi favorito

Título original: *The Swift. A Gallery of Rogues*
Publicado por primera vez por Puffin Books,
sello editorial de Penguin Books Ltd (Penguin Random House), 2024

1.ª edición: febrero de 2025

- © Del texto: Beth Lincoln, 2024
- © De las ilustraciones: Claire Powell, 2024
- © De la cubierta: Claire Powell, 2024
(Color de la cubierta de Mado Peña)
- © De la traducción: Ana Belén Fletes Valera, 2025
Todas las notas son de la traductora.
- © De esta edición: Grupo Anaya, S.A., 2025
Valentín Beato, 21. 28037 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com

ISBN: 978-84-143-3531-4
Depósito legal: M-22223-2024
Impreso en España - *Printed in Spain*

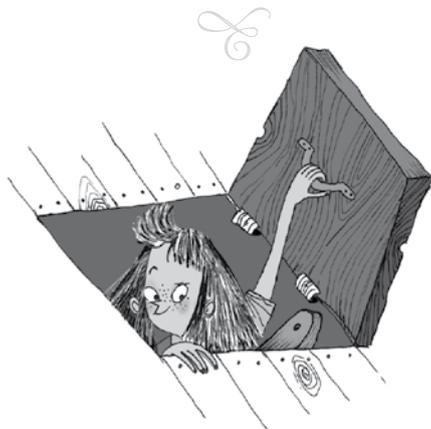


Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

Beth Lincoln

Los
SWIFT

*Una galería
de sinvergüenzas*

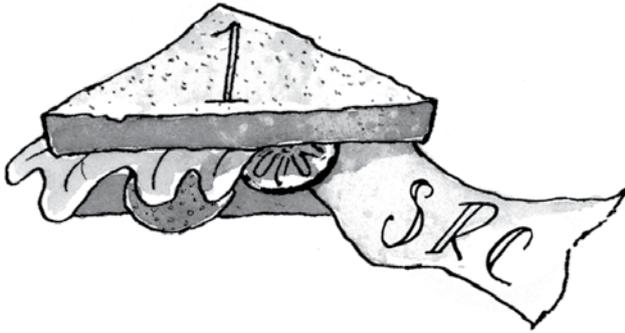


*Con ilustraciones de
Claire Powell*

Índice

1. SRC	9
2. Palabras migratorias	21
3. Debut	33
4. Bon voyage	45
5. Lost in translation	65
6. Check-In	77
7. Primer plato	97
8. Tout de suite	III
9. Éminence grise	131
10. La Belle Alliance	145
11. Diálogo	155
12. Reconnaissance	165
13. El conversatoire	177
14. Un cadáver exquisito	195
15. Modus operandi	209
16. Préstamos	219
17. Inspección	229

18. Reunión clandestina	243
19. En garde	253
20. La firma	269
21. Gourmet deserta	281
22. La gran exposición	297
23. Inundación	307
24. Engaño	317
25. Découverte o descubrimiento	325
26. Descenso	333
27. El taller de robo potencial	343
28. Riposta	355
29. Coup d'état	369
30. Déjà-vu	381
31. J'accuse!	391
32. Irse a la inglesa	405
Epílogo	417
Sobre la autora	421



Según la Lista Definitiva de Muertes Dolorosas de Morbosidad Swift, Ahogarse se encuentra muy abajo, hacia la mitad del bloque de Desagradables. Está bastante por debajo de Muerte por Inanición, por Ataque de Oso y por Cuba de Ácido, y bastante por encima de Que Te Caiga un Piano en la Cabeza o Morir Tranquilamente Mientras Duermes y Sueñas con Mariposas.

El pensamiento reconfortó a Enredo Swift mientras trataba desesperadamente de aguantar el aire. Las cosas siempre podían empeorar.

Entrecerró los ojos entre las aguas turbias y miró la cuerda que tenía atada y bien atada al tobillo con un nudo as de guía. Se le daban bien los nudos y había hecho y deshecho ases de guía mil veces. Pero ese no había manera de soltarlo, igual que ocurría con otro exactamente igual que había anudado alrededor de un pesado microscopio metálico medio hundido a esas alturas en el blando fango del fondo del lago, como un diente en la encía.

Una burbuja rebelde se escabulló por el orificio izquierdo de la nariz de Enredo y subió hasta la superficie. Le dolían los



pulmones y se le contraía la garganta de tanto aguantar la respiración. El cuerpo le gritaba que necesitaba aire con urgencia, sin atender a las razones de su cabeza para no salir a respirar. Con un borboteo por el esfuerzo, se sacó del cinturón el cuchillo para el pan y se puso a cortar la cuerda con impaciencia. Algo raro le estaba pasando en la vista. Empezaba a verlo todo oscuro por los lados, como si tuviera entrecerrados los ojos para distinguir algo entre una nube densa.

La cuerda se soltó. Enredo subió disparada hacia arriba expulsando el aire por el camino. Por encima de ella, la luz del sol zigzagueaba en la superficie del agua, un tejado de cristal ondulante que atravesó como cuando lanzas una piedra con fuerza.

Enredo emergió bajo el cálido sol de media mañana tosiedo y jadeando mientras se llenaba de aire los pulmones. Cogió agua haciendo un cuenco con las manos, ahora vacías, y miró hacia el fondo, donde el cuchillo del pan le hacía guiños de complicidad. Contenta se iba a poner Cocinera.

—Por fin apareces. Supongo que no habrás visto mi microscopio, ¿verdad?

Enredo se giró con brusquedad sorprendida. Fenómeno se había vuelto muy sigilosa últimamente. Estaba de pie en el borde del muelle, con su bata de laboratorio resplandeciente a la luz del sol, mirando con una ceja arqueada a su hermana medio ahogada.

Enredo buscó algo que decir.

—Pues la verdad es que sí —respondió—. He visto tu microscopio. Muchas veces.

—Quiero decir hace poco. Como en la última media hora o así.

Enredo no mentía. Simplemente, decía una versión de la verdad. Algo que molestaba muchísimo a todo el mundo, incluida ella misma, porque todo el rato tenía que andar ideando formas creativas de decir la verdad sin meterse en líos. Muchas veces había pensado en escribirlas en un cuaderno o algo.

—Hace... tiempo que no lo veo —respondió. Técnicamente, un minuto era «tiempo». Pero Fenómeno llevaba toda la vida con su hermana, lo que le proporcionaba la injusta ventaja de que conocía la mayoría de sus trucos.

—Es que cuando he ido a preguntarle a Cocinera —continuó Fenómeno—, me ha dicho que ella tampoco lo había visto, pero que te había visto a ti saliendo al jardín con un objeto tapado del «tamaño de un microscopio», según sus propias palabras.

Enredo se negó a mirar hacia el fondo, donde el microscopio se había hundido aún más en el fango.

—¿Seguro que no ha dicho «microscópico»?

—Seguro —respondió su hermana, y a continuación entornó los ojos detrás de los cristales de sus gafas—. No hace falta ser científica para recabar los datos y sacar una conclusión.

—¿No me dijiste una vez —probó Enredo— que la correlación no implica...?

—Mi microscopio está en el lago, ¿no es así?

—Está en el lago, sí.

Fenómeno suspiró y le tendió la mano a su hermana para ayudarla a subir al muelle con la elegancia de un saco de patatas.

—No pensé que fuera a quedarse encajado —masculó Enredo en tono de disculpa—. Pero pensaba sacarlo.

—¿Igual que pasó con la estatua, el candelabro y el tope de puerta ornamental?

Enredo hizo una mueca. El fondo del lago se había convertido en el jardín trasero de la Atlántida en el que todo tipo de objetos extraños afloraban entre el sedimento como vestigios de una antigua civilización perdida. Enredo no le habría cogido el microscopio a Fenómeno si no se hubiera quedado sin objetos pesados pero menos importantes que utilizar.

—Y supongo que no vas a decirme qué es lo que te traes entre manos, ¿verdad? —preguntó Fenómeno.

—¿Vas a contarme qué te traes tú entre manos en la habitación oculta con el comunicador ectoeléctrico de parentesco?

—Pues claro que no.

Las dos se sonrieron, tan felices con sus respectivos secretos, y regresaron a la casa.

Enredo llevaba varias semanas ya eludiendo las preguntas de la familia sobre sus incursiones en el lago. Les había dicho que estaba entrenándose para ser escapista, que era una verdad a medias. El escapismo era una técnica de lo más útil, igual que el malabarismo, ya que podía sacársele provecho en todo tipo de situaciones. Pero lo cierto era que necesitaba objetos de peso que la arrastrasen hasta el fondo del lago con rapidez y tener así más tiempo para rebuscar entre el fango el tesoro perdido del tío Canalla.

Enredo había leído en alguna parte que Harry Houdini podía aguantar la respiración más de tres minutos. Hasta el momento, ella había llegado a dos minutos y dos segundos. Le había decepcionado su progreso hasta que cayó en la cuenta de que los pulmones de Houdini eran mucho más grandes que los suyos; claro que si tenía un cuerpo mucho más grande, también necesitaría más oxígeno que ella, ¿no? Habría sido genial poder preguntar a Fenómeno quién de los dos tenía mayor capacidad

pulmonar, pero se había prometido no contar a nadie de la familia lo del tesoro hasta que hubiera decidido lo que iba a hacer con él.

A ver, no es que no pudiera decidirse. Lo hacía tres veces por lo menos todas las semanas. Cuando estaba tumbada en la cama mirando la lluvia que golpeaba en la claraboya de su habitación, pensaba: «Lo utilizaré para llevar a la tía Epicaricacia de vacaciones. No querrá ir, pero poniéndole unas anteojeras como a los caballos, podríamos llegar hasta la estación de tren antes de que intente salir corriendo». Y cuando escuchaba a Cocinera explicarle cómo se hacía una tortilla francesa, pensaba: «A lo mejor podría comprar todos los pimientos morrones verdes del mundo y tirarlos al fondo del océano, y así nadie tendría que volver a comerlos nunca más». Y cuando estaba leyendo en algún rincón olvidado de la casa, pensaba: «A lo mejor le doy el dinero a un orfanato, como esa anciana sin herederos que guarda un terrible secreto. Seguro que encontraré un secreto terrible uno de estos días». Y así seguían surgiéndole ideas, hasta que sus sueños se convertían en un remolino vertiginoso de oro y plata y niños que la ovacionaban, todos con ceceo.

Mientras Enredo se quitaba algas del pelo, Fenómeno le dio un papelito.

—Me he encontrado esto en mi sándwich. Tenemos otra asamblea familiar.

Enredo observó con ojos entornados la caligrafía casi ilegible bajo la mantequilla de cacahuete. Decía:

OS doy la bienvenida con los brazos abiertos
al lugar donde siempre hace calor.

La tía Epicaricacia se había jubilado varios meses atrás y había nombrado a su prima segunda Fauna matriarca de la familia Swift. Fauna era la elección ideal. Era compasiva, progresista y optimista, lo contrario en muchos aspectos a la tía Epicaricacia. Como parte de su nuevo papel dentro de la familia, Fauna se había ido a vivir a la mansión familiar, lo que le había supuesto separarse de su hermana gemela, Flora, por primera vez.

Todos habían tenido que adaptarse. Fauna iba a la ciudad los días que hacía sol, anulando así los rumores de que la casa Swift era una guarida de vampiros. Invitaba a Suleiman, su intrépido cartero, a tomar el té. Había pasado a tener un papel activo en los ensayos para el funeral de la tía Epicaricacia, a la que impresionaba profundamente todas las veces sin excepción con su capacidad para el llanto.

Pero lo más difícil era acostumbrarse a su insistencia en celebrar asambleas familiares. Para la tía Epicaricacia, hablar con los niños más de una vez al día era mimarlos, y la idea de sentarse todos juntos a hablar de sus sentimientos, planes y logros nunca había sido bien recibida por los habitantes de la mansión. En un intento de ganárselos a todos, Fauna había empezado a celebrar cada una de esas asambleas en una habitación distinta, ocultando la hora y el lugar dentro de un acertijo tras deducir con gran inteligencia por su parte que aludir al espíritu competitivo de sus familiares aseguraría su asistencia.

—El lugar donde siempre hace calor podría ser el invernadero —sugirió Enredo.

—Un lugar donde se mantienen las condiciones ambientales para favorecer el cultivo de las plantas, claro —dijo Fenómeno.

—¿Y lo de los brazos abiertos?

Fenómeno extendió los brazos como pidiendo un abrazo.

—Imagina que soy un reloj.

—¡Aaah! Tus brazos marcarían el nueve y el tres. ¿Tres menos cuarto?

—O nueve y cuarto, pero me parece un poco tarde.

Enredo agarró la muñeca de su hermana y consultó la hora. Eran las tres menos veinte.

—Me ha parecido que era mejor venir a buscarte —explicó Fenómeno—. Seguro que también había una nota en tu sándwich, pero está claro que te la has comido.

Hacía calor en el invernadero, con las plantas absorbiendo el sol y expulsando un aroma a verde, aunque a Enredo se le hacía un poco sofocante el ambiente. Fauna estaba sentada en una silla de ratán respondiendo a los mensajes de algunos miembros de la familia extensa. Varios tramos de cuerda de tender la ropa atravesaban el invernadero en zigzag y de ellos colgaban los sobres sujetos con pinzas de colores. De vez en cuando, Fauna tiraba de una de las cuerdas y, gracias a una polea chirriante, acercaba un nuevo grupo de sobres. Con su pelo rojo y ondulado que llevaba suelto y su recién adquirido gusto por los vestidos vaporosos parecía más un elfo entre las hojas gigantes de la monstera y las palmeras en sus macetas.

Enredo se escurrió el pelo en la maceta más cercana y se tiró en el suelo al lado de la silla del tío Tempestad, que enarcó sus generosas cejas al ver el cabo que seguía llevando anudado alrededor del tobillo.

—Eso me suena —dijo.

—¿Ah, sí?

—Mmm. Parece cuerda manila. Recuerdo que dejé un trozo en mi escritorio el otro día después de recolocar mi hamaca.

Sacó una navaja multiusos del bolsillo, eligió una hoja entre el bolígrafo y la pluma, y serró el nudo del tobillo de su sobrina, que quedó muy agradecida porque estaba empezando a poner-se morado el pie.

—Tal vez te interese saber que este tipo de cuerdas se hinchan cuando se mojan —añadió—, lo que significa que los nudos se aprietan cuando la cuerda está bajo el agua.

—Ah —dijo Enredo.

—En ambientes húmedos, es mejor utilizar cuerda sintética y hacer nudos flojos. La que tengo alrededor del paragüero es impermeable, por ejemplo —explicó y le guiñó el ojo.

Por eso Enredo quería tanto a su tío. Si anunciara que pensaba saltar de un avión, él no intentaría detenerla, sino que le explicaría cómo fabricarse un paracaídas.

—Gracias a todos por venir —dijo Fauna, sirviendo el té con una mano mientras recolocaba una pinza con la otra. Fruncía el ceño ligeramente, lo que le daba un gran parecido con su hermana—. ¿Qué tal estamos hoy?

Observó a sus parientes dispuestos en círculo. Estaba la tía Epicaricacia, tumbada cómodamente con un libro de bolsillo bastante manoseado y la cara cubierta de una sustancia verde; Cocinera, con las mangas subidas hasta el codo y el pelo supercorto manchado de aceite de motor; Fenómeno, tomando apuntes en su diario; Tempestad, apretujado en un sillón demasiado pequeño para él con una de las diminutas tacitas de té japonesas de Fauna en la mano, y, por último, Enredo, que trataba de recuperar la sensación en los dedos del pie. Faltaba la mayor de las niñas Swift. Felicidad estaba de viaje en el extranjero, pasando unas semanas en París con Flora y Margarita. Llamaba por teléfono, cuando se acordaba, y hablaba

intercalando frases en francés para demostrar lo sofisticada que se había vuelto.

El otro habitante de la mansión era el gato Juan, que tampoco estaba presente, porque no se le daban bien los acertijos.

—Vamos rapidito —espetó la tía Epicaricacia—. Estoy llegando a la parte buena de esta tontuna de libro.

La cubierta del libro en cuestión mostraba a una mujer en brazos de un musculoso hombre lobo. La tía Epicaricacia se había adaptado perfectamente a estar jubilada. Cocinera le había comprado unas mullidas pantuflas y todo, que la tía había criticado con saña, pero no había dejado de ponerse desde entonces.

—Tomo nota —contestó Fauna—. ¿Cocinera? ¿Tempestad? ¿Todo bien? Me alegro. ¿Niñas?

—Estamos bien —corearon Fenómeno y Enredo.

—¿No echáis de menos a Felicidad?

—Qué va —dijo Enredo.

—Se me había olvidado que no estaba —dijo Fenómeno.

—¿Quién es Felicidad? —añadió Enredo.

—No pasa nada por que la echéis de menos —dijo Fauna—. Siempre habéis estado juntas. Es un gran cambio.

—Ya sé que no pasa nada —suspiró Enredo—. Pero es que no la echo de menos.

—Seguro que se lo está pasando en grande —añadió Fenómeno—. Señalándole a la gente cómo se conjugan los verbos y comprando pañuelos de seda.

Fauna esbozó una sonrisa triste.

—Podéis alegraros de que ella esté viviendo su vida sin vosotras y ser felices llevando la vuestra, y aun así echarla de menos —insistió pestañeando muy deprisa—. Dado que está en París, que está muy muy lejos de aquí, y es vuestra mejor amiga.

—No es mi mejor amiga —masculló Enredo mientras Cocinera le daba un pañuelo a Fauna—. Ni siquiera es mi mejor hermana.

Cocinera chasqueó la lengua en señal de desaprobación al oírlo, aunque la verdad era que Enredo y Felicidad habían enterrado el hacha de guerra varios meses atrás. Seguían insultándose, pero ahora Felicidad sonreía cuando llamaba pesada a su hermana pequeña y Enredo sacaba las arañas de la habitación de su hermana mayor en vez de meterlas allí.

—El caso es —dijo Fauna sonándose la nariz— que precisamente os he convocado para hablar de Felicidad. —Cogió una carta de la cuerda y la alisó sobre la rodilla—. Vuestra hermana nos ha enviado una carta y, bueno, antes de leerla, permitidme que os diga que no creo que haya motivo de preocupación.

—Siempre tranquiliza oírlo —masculló la tía Epicaricacia.

—Lo digo porque sé que no os lo vais a tomar bien —dijo Fauna—, y de verdad creo que no es necesario. Bueno, os la leo.

Felicidad había aprendido a escribir leyendo novelas románticas ambientadas en el siglo XIX de esas en las que la gente está a punto de palmarla por culpa de una fiebre en cuanto se descuida. Cuando leía sus cartas, Enredo siempre tenía la sensación de que estaba a punto de anunciar, o una boda inminente, o una muerte inminente. Aquella decía así:

Querida familia, de la que cruelmente separada me encuentro (y también Enredo):

Os escribo desde un café en los Campos Elíseos, con una taza en la mano izquierda y un trozo de tarta ópera en la derecha, y una vista perfecta de los ciudadanos más elegantes entre ambas.

Margarita ha tenido la bondad de invitarme a este *petite gâterie* (que significa «caprichito dulce»), que creo que cuesta lo mismo que mi último par de zapatos. Flora y ella acaban de entrar en una *parfumerie* (que significa «perfumería») aquí al lado, y si cierro un poco los ojos, las veo por el cristal del escaparate probando todos los perfumes.

Ayer ocurrió algo que seguro que os parece de gran interés. Estaba de visita en La Garde-robe (un museo de la moda) ¡y se me acercó una prima nuestra! Se llama Manzana, una mujer encantadora y de lo más agradable. Me invitó a quedarme aquí, en el hotel de nuestros parientes franceses, los Martinet. Me sorprendió bastante, porque ni siquiera sabía que tuviéramos parientes franceses, ¡y menos aún unos con un apellido especial y un hotel propio!

He decidido aceptar la invitación de Manzana y separarme de inmediato de Flora y Margarita. Claro está, sé que es bastante normal que las jóvenes de mi edad visiten la ciudad con sus tías, pero creo que a mis carabinas les vendría bien estar un rato a solas (por favor, Fauna, imagina que te miro de un modo muy elocuente). Me dirigiré al Hôtel Martinet esta noche. Adjunto la nueva dirección para que me enviéis allí vuestras cartas.

À *bientôt* (que significa «hasta pronto»),

Felicidad

A Enredo le pareció una carta de lo más normal, pero la tía Epicaricacia asintió con la cabeza con seriedad.

—Pues ya está. Felicidad puede darse por muerta.



Enredo notó la sensación pegajosa y desagradable del pelo con un ligero olor a agua del lago que empezaba a secarse. ¿Felicidad muerta?

Fauna suspiró.

—Esto era justo lo que me preocupaba. Eres un poco melodramática, tía Epicaricacia. Puede que la relación con los Martinet sea un poquito... tirante, pero yo no la describiría como homicida.

—Desde hace años —intervino Tempestad.

Enredo pestañeó. Era obvio que se había perdido algo importante. Era la primera vez que oía hablar de los Martinet y tenía claro que si había una *vendetta* entre ellos debería haber sido la primera en enterarse.

—Además, tita, son de la familia —añadió Fauna.

—Precisamente —repuso la tía con un resoplido—. No somos criaturas de fiar, ninguno de nosotros.

—Tengo una pregunta —dijo Enredo—. ¿Estás diciendo que estamos en guerra con nuestros primos?

—¡No! Es solo una absurda disputa familiar —insistió Fauna, frotándose las sienes—. Hace mucho tiempo que no estamos en guerra, muchísimo.

—Pero ¿lo estuvimos?

La tía Epicaricacia se limpió con una servilleta los restos del potingue verde que le quedaban en la cara.

—No exactamente. Por norma, los Swift intentan no meterse en el ejército. Demasiados desfiles, para empezar. Pero Inglaterra y Francia se han enfrentado tantas veces a lo largo de la historia que fue inevitable que en alguna ocasión los Swift y los Martinet se encontraran en bandos opuestos.

—¿Y por eso nos odiamos? —preguntó Enredo.

—Oh, no —dijo la tía Epicaricacia con desdén—. Eso no es más que una cuestión política. Todos entendemos que un primo pudiera herir o matar con una bayoneta a otro en un momento dado. No, nos odiamos porque no nos ponemos de acuerdo en quién llegó primero.

Imagina a dos niños muy antipáticos que viven separados por una extensión de agua determinada y se tiran piedras a la menor oportunidad. Los dos niños son Inglaterra y Francia.

En 1066, tras la muerte del rey británico Eduardo el Confesor, Guillermo I, el duque de Normandía, francés, al que todos en Inglaterra conocerían después como Guillermo el Conquistador por razones que enseguida serán obvias, reunió a un grupo de arqueros y cruzó la extensión de agua para reclamar el trono. Lamentablemente, Harold Godwinson, el sucesor de Eduardo, ya había tomado posesión de él. Tras una breve refriega que sumió los campos de Hastings en un baño de sangre, Guillermo consiguió el trono y los normandos se instalaron en el país.

Los normandos se quedaron mucho tiempo. Lo suficiente, de hecho, como para convertirse en ingleses. Pero mientras

tanto, al otro lado de la extensión de agua, Francia siguió estando en su sitio. La conquista normanda fue solo el comienzo de un conflicto que se alargaría siglos. En los siguientes seiscientos años, Inglaterra y Francia vivieron revueltas, peleas, matrimonios políticos, tentativas de paz sinceras, tentativas de paz falsas, asesinatos, ocupaciones y violentas disputas sobre quién podía colonizar qué partes del mundo, disputas en las que —y esto es importante señalarlo— nadie había pedido opinión a las personas que ya vivían allí. Hasta el siglo XIX, las guerras entre Inglaterra y Francia se sucedieron con la frecuencia de un autobús fiable: podías tener la seguridad de que la siguiente tendría lugar en unos diez años más o menos.

¿Y qué tiene esto que ver con los Swift y los Martinet? Pues que después de tanto trasiego humano y lingüístico durante años entre Inglaterra y Francia, la familia no se ponía de acuerdo en si había sido alguien con el apellido Martinet quien había llegado a Inglaterra y había adoptado el de Swift o si había sido un Swift el que había ido a Francia y había adoptado el de Martinet. No cabe duda de que ambos son la misma familia —*martinet* en francés y *swift* en inglés hacen referencia al mismo pájaro, el vencejo—, pero ¿quién llegó primero? Los archiveros llevan generaciones dando vueltas al asunto, pero no hay forma de saberlo con seguridad. En todo este tiempo, los Martinet no acuden, por lo general, a las reuniones de la familia Swift. Y cuando dos primos coinciden en una fiesta, deja de ser una fiesta para convertirse en una competición de tiro de hacha, una carrera ilegal de coches o una buena pelea a puñetazo limpio de las de toda la vida.

—El primo Pluma de flecha perdió un ojo en una partida de dardos con Lechuza Martinet —dijo la tía Epicaricacia, comenzando a contar con los dedos—. Trébol Martinet se rompió una

pierna esquiando con mi abuela Intrépida, y nunca la perdonó. Lujo y Lejos perecieron en el Titanic, que no puede decirse que fuera culpa nuestra, obviamente...

—Todo eso es agua pasada, Epicaricacia —dijo Fauna—. No se ha producido ninguna muerte violenta entre los Swift y los Martinet desde hace más de cien años.

—¿Ah, sí? —espetó Epicaricacia con aire de superioridad—. Yo creía que un Martinet murió hace poco en esta misma casa. El hermano de Manzana, de hecho. Me alegro de que hayan sido imaginaciones mías.

Fauna se detuvo en seco al oírlo. Pomelo de Pastiche Martinet, contador de historias, emigrante y destacado duelista, había sido la última incorporación al cementerio que había detrás de la mansión Swift. Hombre impetuoso, aficionado a las armas antiguas, los insultos creativos y los juegos de mesa, había encontrado la muerte en una partida de Scrabble durante la última reunión familiar a manos de un pariente sin escrúpulos decidido a echarle el guante al tesoro oculto del tío abuelo Canalla. Enredo se había visto obligada a abandonar su propia búsqueda del tesoro para atraparlo.

—Eso fue diferente —alegó Fauna.

—¿Y crees que les importa? Es perfectamente posible que los Martinet quieran igualar el marcador, y da la casualidad de que Felicidad está allí, al alcance de la mano.

—Entonces, ¿Felicidad se hospeda en el hotel familiar de la muerte? —quiso saber Enredo, que sentía que estaban pasando por alto una injusticia muy grande—. ¿Cómo es que yo no estoy en ese hotel de la muerte?

—No lo llares hotel de la muerte, por favor —dijo Cocinera, que estaba poniéndose pálida—. Tu hermana no se hospeda en un hotel de la muerte.

—De momento —masculló la tía Epicaricacia.

—Felicidad está perfectamente —dijo Fauna levantando la voz muy ligeramente—. Y lo cierto es que creo que deberíamos tomárnoslo como un paso en la buena dirección hacia la unidad familiar. Han invitado a Felicidad a hospedarse en el hotel. ¿Cuánto tiempo hacía que no pasaba algo así? A lo mejor es un comienzo. Creo que deberíamos ir a verla.

Tempestad se inclinó hacia delante con los ojos chispeantes.

—Me parece una idea excelente.

—¿Sabéis? Creo que coincidí con un Martinet en la escuela de cocina —dijo Cocinera—. Podría contactar con él.

—¡Ja! —se burló la tía Epicaricacia.

—Tita, por favor. ¡Tenemos una oportunidad real de resolver las desavenencias que hay entre nosotros!

—No sé por qué tienes tantas ganas de convencerme —resopló la tía Epicaricacia—. La decisión recae en la matriarca. Y tú, niña, eres la matriarca.

Fauna pestañeó. Miró a su alrededor; las cuerdas de la ropa que atravesaban el invernadero y las cartas colgadas con pinzas, como si acabara de recordar que esa era la razón por la que estaba sentada en el centro de ellas. Epicaricacia la observó con una sonrisita satisfecha.

—Bien... Esto es lo que vamos a hacer —dijo Fauna—. Iremos a visitar a los Martinet y hablaremos detenidamente de la situación. Da igual cómo se diga nuestro apellido, somos familia.

Tempestad se levantó con brusquedad, alborotando con el movimiento la nube de vapor que despedía el cuerpo de Enredo.

—¡Así se habla, matriarca! —exclamó con su vozarrón—. Partiremos mañana al rayar el día.

—Espera un momento —dijo Fauna—. He dicho «iremos» en sentido general. Yo no puedo ir. Como matriarca, mi sitio está aquí, en la mansión. Como podéis ver —señaló las cuerdas de tender—, tengo toda una colada de tareas que atender. Se me había ocurrido que a lo mejor Cocinera y tú...

—Yo no puedo —se apresuró a decir Cocinera con cara de pena—. Viajar me resulta... complicado. No tengo pasaporte.

—Yo llevo décadas sin salir de esta casa y no pienso hacerlo ahora —añadió Epicaricacia.

Tempestad se encogió de hombros.

—Pues solo quedamos las niñas y yo. ¿A qué vienen esas caras? Es obvio que Enredo y Fenómeno van a ir.

—Obvio —dijo Enredo con un escalofrío de emoción. Era como si todos los órganos estuvieran dando vueltas dentro de su cuerpo, pero en plan bien. Por desgracia, la emoción no duró mucho. Cuanto más crecía su sonrisa, más preocupados parecían los adultos.

—No sé si es buena idea, Tempestad —dijo Cocinera.

—¿Por qué? Si los Martinet intentan alguna cosa, me alegrará estar ahí para protegerlas —respondió Tempestad y guiñó un ojo a Enredo, que blandía los puños.

—A ver, debería ser una visita diplomática —dijo Fauna.

—Y piensas que no podemos ser diplomáticos, ¿no? —la retó Fenómeno de brazos cruzados.

—No es eso —respondió Fauna, y Enredo vio el rastro de una mentira junto a la oreja de su tía—. Es solo que creo que necesitamos a alguien que sepa todo lo que ha ocurrido entre los Swift y los Martinet. Alguien con autoridad dentro de la familia, ya que yo no puedo ir. Como archivera de la familia, creo que la tía Herencia es la mejor opción.

Era muy posible que nadie en la historia del mundo hubiera dicho jamás esas palabras en ese orden antes. Enredo se quedó boquiabierta.

—¿Cómo?! —gritaron su tío Tempestad y ella al mismo tiempo. Bastante malo era ya que trataran de impedirle vivir lo que tenía toda la pinta de ser una aventura, pero que prefiriesen a alguien como la tía Herencia, que era un pan sin sal en forma de persona, en vez de a ella era inconcebible.

—Que vaya también Herencia, claro que sí —dijo Tempestad—, ella es la experta en los asuntos de la familia, pero en lo relativo al encanto personal...

Fauna levantó una mano.

—Ya lo sé. Niñas —dijo sin alterarse—, creo que los adultos debemos mantener una charla bastante aburrida. ¿Por qué no... vais a escribir una carta a Felicidad? Aquí tengo la dirección...

Enredo no apartaba los ojos de su tío. Si había un momento para manifestar poderes telepáticos era ese.

«Convéncelas para que nos dejen ir. No traiciones nuestro vínculo sagrado», pensó, dirigiendo el pensamiento a su tío.

Enredo tenía las botas a medio quitar antes de que los mayores les cerraran la puerta del invernadero. No pensaba correr riesgos. Fenómeno puso los ojos en blanco.

—¿En serio?

—¡Shh! ¿Sabes que te pareces mucho a Lici cuando haces eso?

Enredo le puso las botas en los brazos a su hermana. Esperaron diez segundos, quince, y de repente:

—¡Sabemos que estáis escuchando detrás de la puerta, niñas! —gritó Cocinera.

Enredo gruñó con aire teatrero.

—NO ES JUSTO —lloriqueó, y elevando el tono un poco más para asegurarse añadió—: VENGA, FENÓMENO, VÁMONOS.

Gesticuló frenéticamente. Con la fluidez que da la práctica, Fenómeno cogió una bota con cada mano por los cordones e hizo que caminaba con ellas por el pasillo. El truco se le había ocurrido a Enredo. Si uno no prestaba mucha atención, sonaba como pasos que se alejan. Lo más difícil era no reírse de la postura que tenía que adoptar Fenómeno caminando encorvada para que las botas tocaran el suelo.

Cuando se apagó el ruido de una persona y cuatro pies, Enredo oyó la voz de Cocinera.

—¿Has estado bebiendo agua de mar o qué, Tempestad? —siseó—. Ahora que les has metido la idea en la cabeza, las niñas no van a dejar de suplicarnos que les permitamos ir. ¡Y como digamos que no, Enredo es capaz de ir a Dover mañana mismo haciendo autostop!

—No creo —protestó Tempestad—. Es perfectamente capaz de robar un coche.

Enredo tuvo que morderse los nudillos para no reírse, aunque oía a Cocinera apretar los dientes a través de la puerta.

—Creo que lo que Cocinera intenta decir —intervino Fauna conciliadora— es que cuando tomamos decisiones que tienen que ver con las niñas, deberíamos comentarlas primero entre nosotros para presentar un frente unido...

—¿Qué? No —dijo Cocinera resoplando—. ¡Lo que digo es que Tempestad no deja escapar la oportunidad de hacer una excursión sin pararse a pensar en la seguridad de las niñas!

—Pues no se les dio mal resolver el lío que se montó en la reunión —apuntó la tía Epicaricacia con un tono que indicaba

que no estaba prestando atención a la conversación. Pero Enredo sabía que era una treta.

—Pero no deberían haber tenido que hacerlo —dijo Cocinera—. Lo que vivieron fue tremendo ¡y solo han pasado unos meses! ¿Y ahora quieres que vayan al extranjero por primera vez en su vida? ¿Solos?

—¿Cómo que solos? —repuso Tempestad—. ¿Y yo qué soy, un plumero?

—¡No, pero me parece muy egoísta por tu parte cruzar el Canal de la Mancha con las niñas solo porque te aburres!

De pronto, Enredo deseó no haber oído nada. Cocinera y Tempestad discutían muy de vez en cuando, siempre por pequeñas cosas, como la mejor forma de arreglar una tubería o quién era mejor cantante de *blues*. Eso que estaba oyendo era una pelea de verdad, de las que solía tener ella misma con Felicidad antes de que firmaran una tregua. Y estaban peleándose por ella.

Oyó suspirar a Cocinera. Y decir a continuación con un tono más suave:

—Perdona, Tempestad, lo que he dicho ha sido injusto. Pero es que llevas un tiempo muy inquieto, todas lo hemos visto. ¿No será que tienes ganas de emprender una nueva aventura?

La silla de Tempestad crujió.

—No voy a negarlo. Me pican las plantas de los pies —respondió en voz baja y avergonzada.

—No me extraña. ¿Cuándo fue la última vez que saliste de la mansión?

—Tenía menos canas, te lo aseguro —dijo Epicaricacia, a lo que Tempestad se rio por lo bajo con tristeza.

—Tempestad, no tienes por qué atarte tan corto a esta casa —intervino Fauna—. Si quieres viajar, hazlo, sin problema.

¡Vete de vacaciones! O si de verdad tienes ganas de ir a París, ve. Alguien tiene que ir con Herencia, de todos modos, para equilibrar lo de su... personalidad.

—¿Ir yo solo? ¿Sin las niñas?

—Sin las niñas —dijo Cocinera. Lo dijo sin levantar la voz pero con tono firme.

«Di que no —pensó Enredo con fuerza—. Eres mi aliado. Di que no irás sin mí».

—Me... lo pensaré —respondió él.

Enredo estuvo enfurruñada el resto del día. Le daban ganas de retar a Fauna a un duelo, pero los duelos le gustaban menos desde que mataron a Pomelo en los jardines de la mansión. Ni siquiera estaba convencida de que fuera con Fauna con quien tenía que enfrentarse, ya que estaba furiosa con todos los adultos de la casa. El tío Tempestad ya había vivido sus aventuras, tantas que las estaba reuniendo en un libro. Que estuviera considerando seriamente la posibilidad de viajar y vivir nuevas aventuras sin ella —y sin Fenómeno— era una traición de las gordas. Era aceptable que no hubiera contado con ella en sus aventuras previas, pero solo porque aún no había nacido.

Y es que lo que más le fastidiaba era que Cocinera tuviera razón. Últimamente, había notado a su tío un poco inquieto, como si le picara algo y no consiguiera calmarlo con nada. Enredo lo entendía, porque ella también tenía esa sensación muchas veces. Había empeorado en los últimos meses y había alcanzado cotas insoportables cuando Felicidad se fue a Francia. Enredo tenía ganas de salir de allí.

Como no tenía selva, montaña ni fauna local peligrosa, París nunca había ocupado un puesto muy alto en la lista de lugares

que le gustaría visitar. Pero ahora que lo tenía al alcance de la mano le parecía el destino más interesante del mundo. La ciudad estaría llena de edificios con pasillos que nunca había pisado y esquinas que no había doblado. Tendría la oportunidad de recorrer las calles. ¡En plural! En el pueblo más cercano a la mansión solo había una. Seguro que en París había diez por lo menos. Enredo repasó lo que sabía sobre la ciudad francesa y se dio cuenta de que casi todo era plano y con forma de viñeta ilustrada —gorras caídas, camisetas de rayas y panes alargados—, de modo que dedicó el resto del día a leer todo lo que encontró sobre París, prestando atención para no perder una mano con alguna de las trampas de la biblioteca.

Para cuando se fue a dormir era de noche y reinaba un silencio casi absoluto en la casa, roto por el ruido que le hacían las tripas —se había negado a cenar como forma de protesta— y el suave zumbido que salía de la habitación antes secreta en la que guardaban el comunicador ectoeléctrico de parentesco, o CEP para abreviar. Fenómeno había pasado mucho tiempo últimamente allí dentro tratando de averiguar cómo funcionaba. Enredo pensó con amargura que su hermana estaría tan contenta de quedarse en casa investigando, seguro.

Felicidad estaba en París. El tío Tempestad iba a viajar hasta allí. Hasta la tía Herencia iba a ir, y probablemente la acompañara su niete, Solar, prime y mejor amigo de Enredo. Se tiró en la cama, asustando con el movimiento al gato Juan, que dormitaba sobre la almohada. Tenía la pared cubierta por un *collage* con las postales que sus padres le habían enviado con los años desde todos los rincones del mundo que habían visitado. «¡Saludos desde Reikiavik!», «¡Buenos días desde las antípodas!», «¡Con cariño desde Lagos!».

Se quedó dormida leyendo y releiendo: «Ojalá estuvieras aquí».



Enredo se despertó a las cuatro de la madrugada, cuando estás tan profundamente dormido que no sabes ni dónde estás. Puede que ella hubiera decidido ponerse en huelga de hambre, pero su estómago no estaba de acuerdo. Estuvo unos minutos debatiendo con él en la oscuridad, pero los estómagos no atienden a razones. Se levantó con la intención de ir a la cocina a prepararse un desayuno temprano.

Estaba todo oscuro, pero no encendió ninguna luz. Cuando has vivido lo suficiente en un sitio, se convierte en una extensión de tu propio cuerpo. Eres capaz de percibir el movimiento igual que notas cuando un insecto se pasea por tu piel o una mínima corriente te agita el pelo. Lo que significa que cuando Enredo llegó al pasillo de la tercera planta, supo por cómo se le había puesto la piel de gallina que algo iba mal.

Se detuvo junto a la puerta carbonizada de la habitación del CEP y prestó atención. Oyó el zumbido de la máquina —Fenómeno debía de habérselo dejado encendido— y al principio pensó que había sido eso lo que la había inquietado. Pero seguía teniendo la piel de gallina cuando continuó por el pasillo y bajó

las escaleras, hasta que miró hacia el vestíbulo de la entrada y vio a los intrusos.

Eran cinco, vestidos con ropas negras desaparejadas y con la cara cubierta con un pasamontañas. Uno de ellos estaba inclinado sobre un objeto pequeño en el suelo. Otro estaba extendiendo una pieza enorme de tela mientras que otro sostenía un objeto cuadrado y plano debajo del brazo. Se movían con rapidez y sin hacer ruido iluminándose con linternas.

La vieron en el mismo momento en que ella los vio a ellos y dejaron lo que estaban haciendo.

Las personas reaccionan de maneras extrañas ante la sorpresa. No siempre chillan o salen corriendo. Con frecuencia el cerebro se va de vacaciones y el cuerpo actúa de forma vergonzosa, como agitando los brazos como un loco o tirando cosas al suelo. Ver a aquellos cinco extraños en su casa fue tan inesperado que Enredo no se molestó en sentir pánico, y su estómago, que seguía molesto por la huelga de hambre, salió al paso para hacerse cargo de la situación.

—Buenos días —dijo Enredo—. ¿Les apetece desayunar? Iba a prepararme unos huevos.

Los intrusos se pusieron en marcha. Uno de ellos, un tipo delgado como un palo con el pelo de punta que se le escapaba por los huecos del pasamontañas, soltó la tela que estaba extendiendo. Otro se movió hacia un lado, con un destello de las gafas, y apretó un interruptor. Se oyó el quejido de un motor al ponerse en marcha y el grupo salió corriendo por la puerta principal.

—¡Eh! —gritó Enredo, agarrando el casco de una armadura al pasar junto a ella y lanzándolo por las escaleras con gran estrépito, lo suficiente para despertar a toda la casa. Saltó sobre

la barandilla. Vio a una persona corriendo, lo que significaba que tenía que atraparla—. ¿Cómo quieren los huevos, fritos o revueltos? —gritó, dejando claro que el estómago seguía teniendo el control de la boca, y se deslizó por la barandilla hacia abajo. Por lo menos había sonado amenazante.

Al llegar al suelo, estuvo a punto de tropezarse con algo que relucía débilmente a la luz de una linterna que se les había caído a los intrusos. Algo líquido se le deslizó por encima del zapato. Oyó a su espalda la puerta de la cocina que se abrió de golpe al entrar Cocinera con unos calcetines peludos armada con una barra de hacer pesas.

—Tú inténtalo, pedazo de lameculos. Ay, la leche, ¿qué es eso?

El quejido del motor subió de volumen y Enredo se volvió. Algo se movía por el suelo entre Cocinera y ella. Una figura enorme de color oscuro, deforme y monstruosa, trataba de erguirse, como un gigante al que le costara trabajo levantarse.

De pronto se encendió una luz. Cocinera había dado al interruptor y Enredo hizo una mueca ante la súbita luminosidad. En el centro del vestíbulo había una tela enorme, que se retorció y se sacudía con brusquedad a medida que iba llenándose de aire. Una extremidad atrofiada, marrón y curvada hacia atrás, salió despedida y tiró uno de los cuadros de la pared. Un segundo después, la pareja emergió con un leve «poc», tirando al suelo algo metálico lleno de agua.

—¿Es una especie de globo? —Oyó Enredo que susurraba Cocinera como hablando para sí—. ¿Y eso son... hervidores de agua?

Enredo miró la escena. De hecho, todo el vestíbulo estaba lleno de hervidores: hervidores sobre calentaplatos, sobre

hornillos portátiles, sobre mecheros Bunsen y apoyados en equilibrio sobre radiadores. La escena era tan ridícula e inesperada que Enredo notó que la risa le subía por la garganta, pero se convertía en un grito al ver que la figura que tenía delante duplicaba su tamaño bruscamente. A esas alturas se reconocía que era un pájaro, con las alas extendidas, aunque la cabeza aún desinflada le caía sobre el pecho como si tuviera roto el cuello. De repente, como si acabara de despertar, se elevó con un golpe seco, acoplándose en su lugar correspondiente, y clavó en Enredo un resplandeciente ojo dorado.

Enredo retrocedió un paso. Oyó que Cocinera soltaba un taco. El agua de varios de los hervidores estaba empezando a hervir.

En ese momento, en el que lo absurdo de la situación alcanzó su punto álgido, oyó el chirrido de unos frenos, seguido por el petardeo de un coche, y un arbusto pasó por delante de la puerta abierta de la mansión como a sesenta y cinco kilómetros por hora.

Enredo salió corriendo al exterior y vio que el arbusto tomaba una curva a toda velocidad, perdiendo un par de ramas por culpa de la implacable física. Bajo el follaje se ocultaba una furgoneta cuadrada y pasada de moda, con una robusta figura vestida con unas mallas negras brillantes agarrada al techo. Alguien con una larga trenza negra se asomó a la ventanilla del copiloto para comprobar si los seguían.

—¡Eh! —volvió a gritar Enredo, aunque sabía que era imposible alcanzarlos.

Con un movimiento fluido y sinuosamente elegante, la figura de las mallas bajó las piernas del techo y se coló en la furgoneta a través de las puertas traseras. El último miembro del

grupo sacó los brazos para cerrarlas y, por un segundo, cruzó la mirada con la de Enredo. Fue solo un segundo, que pareció alargarse como una hora, hasta que Enredo sintió como si hubieran mantenido una larga conversación, aunque si le preguntaran, no sabría explicar de qué habían hablado.

Por fin, el ladrón le dirigió un irónico saludo militar y cerró las puertas. La furgoneta tomó la siguiente curva del camino de entrada y desapareció.

Dentro, los hervidores de agua habían empezado a pitar. Las alas del pájaro se apretujaban contra las paredes del vestíbulo con un chirrido de plástico. Los ojos se le hincharon. Enredo vio al tío Tempestad y a Fauna en lo alto de las escaleras, con idéntica perplejidad en el rostro.

—¡Vaya tela! ¿Estáis todas bien? —gritó Tempestad.

—¡Estoy bien! —gritó Enredo.

—¿Dónde está Fenómeno? ¿Y Epicaricacia?

—Aquí —dijo Epicaricacia con voz estridente, bajando la escalera dando tumbos mientras apartaba con el bastón una de las alas hinchables apretujada contra la barandilla—. Pero ¿qué puñetas ha pasado? ¡Ayúdame a bajar esta cosa! —le gritó a Cocinera.

Enredo se fijó en la costura blanca que tenía el pájaro en la barriga. Estaba tensa y se fruncía en algunas zonas, como si estuviera a punto de estallar. El silbido de los hervidores se convirtió en un chillido con diferentes grados de intensidad al ir aumentando la presión, el canto gimiente y enloquecido de aquel enorme pájaro, y de pronto...

Enredo sintió la explosión en la columna vertebral y el estómago. Donde segundos antes había un pájaro gigante, de repente ya no había nada. Y en su lugar, empezó a llover confeti



dorado sobre el vestíbulo. Se le posó en el pelo y en los charquitos de agua derramada. Se posó sobre Cocinera y sobre la tía Epicaricacia, que estaban dobladas sobre un ruidoso inflador eléctrico. La tía lo golpeaba con el bastón.

Enredo cogió uno de los papelitos del confeti con la mano, un disco dorado, como un diminuto doblón de papel. Levantó la cabeza. Los restos del tejido hecho trizas del cuerpo del pájaro que se habían quedado enganchados en la lámpara de araña recordaban de forma muy desagradable la piel del pollo.

Por los pisotones supo que se acercaba su tío.

—¿Dónde está tu hermana, Enredo? —preguntó con voz entrecortada.

—No lo sé.

—No está aquí. Los intrusos... ¿Se la han llevado? ¿Lo has visto? —preguntó su tío, que parecía al borde de un ataque de nervios.

—No. O no creo...

—¡Piensa! Tenemos...

Un fuerte estornudo lo interrumpió.

Y acto seguido apareció en lo alto de las escaleras una Fenómeno totalmente despeinada, pestañeando sin entender nada y bostezando.

—¿A qué viene tanto ruido? —Se limpió las gafas con una punta de la bata de laboratorio antes de ponérselas y miró hacia abajo entrecerrando los ojos—. ¿Es que vamos a cambiar la decoración?

—Cuéntanoslo otra vez —dijo Fauna, dándole una taza a Enredo.

Estaban todos sentados en la escalinata. Había tantos hervidores en el vestíbulo que Cocinera entró un momento en la

cocina a buscar unas bolsitas de té. Tempestad, que seguía sin estar convencido de que estuvieran solos, se puso a registrar todas las habitaciones de la casa armado con una espada ornamental «en busca de polizones». La tía Epicaricacia seguía atizando el tejido del globo pájaro con el bastón, aunque no estaba muy claro qué pretendía con ello.

—No sé qué más quieres que te diga —protestó Enredo—. Tenía hambre. Bajé a hacerme el desayuno, que aún no he tomado, por cierto, y me encontré con cinco personas levantando lo que sea esa cosa con forma de pájaro.

—¿Seguro que eran cinco?

—Sí. —Cerró los ojos para repasar el aspecto de cada uno—. Uno de ellos era gordo, pero se movía con elegancia, y llevaba unas mallas brillantes. Otro tenía los codos muy picudos. Otro llevaba una trenza larga. Otro tenía gafas y otro me hizo un saludo militar. —Hizo un gesto de negación con la cabeza indignada—. Todos iban de negro. No puedo decir mucho más. Pero los encontraremos —dijo con tono amenazador. Ahora que se le iba pasando la sorpresa inicial, estaba empezando a enfadarse—. Nadie entra en mi casa, deja un pájaro hinchable y se va de rositas.

—Eso digo yo. ¿Qué pretendían hacer? —se quejó Epicaricacia.

—A lo mejor querían darnos un mensaje —dijo Cocinera.

—Una carta con amenazas habría sido una forma más clara. Y mucho más fácil de organizar.

—Entraron y salieron muy rápido —dijo Fenómeno—. Aunque supongo que lo mismo llevaban toda la noche aquí, esperando a que nos durmiéramos.

Fauna tenía muy mala cara.

—Vamos a tener que revisar la seguridad de la mansión. ¿Será culpa mía? ¿Habrá pasado porque quité las cadenas de la verja de entrada?

—Pues claro que no —la tranquilizó Tempestad, que en ese momento regresaba de la parte de arriba de la casa, dándole unas palmaditas en el brazo—. No tiene ningún sentido que te culpes. Lo importante es que no ha habido heridos y no se han llevado nada.

—Querrás decir que no se han llevado nada aparte del cuadro —apuntó Fauna.

—¿Qué?

Fauna señaló la pared. Como familia, los Swift carecían de lo que podría llamarse «gusto»; era más bien una especie de placer morboso con las pinturas feas. Ninguno de los presentes se fijaba mucho en lo que sus parientes ya fallecidos habían decidido colgar en las paredes a lo largo de los años. Pero había un espacio rectangular vacío en el vestíbulo que llamaba poderosamente la atención entre todos aquellos marcos de distintos estilos, paisajes embarrados y caballos mal hechos.

—¿Un cuadro? —resopló la tía Epicaricacia con desdén—. ¿Tantas molestias por un cuadro?

Fauna la miró sin dar crédito.

—¿Lo dices en serio, tita? ¡Se han llevado lo más valioso que hay en la casa!

«De lo que hay dentro de la casa tal vez», se dijo Enredo, pensando en lo que había enterrado en el fondo del lago.

—Tan valioso no puede ser —dijo la tía Epicaricacia observando el espacio en blanco—. Ni siquiera sé qué es lo que ha desaparecido. ¿Cocinera?

—Ni idea.

—Se han llevado *Payaso lamenta su suerte en la vida* —dijo Fauna retorciéndose las manos—. Y ha ocurrido justo cuando acabo de mudarme a la mansión.

—¿Esa cosa horrenda? —se burló la tía Epicaricacia—. Se lo ganamos a los Martinet en una partida de cartas hace décadas. Mi intención era tirarlo a la basura. ¿Por qué narices lo habías colgado aquí?

Fauna se quedó boquiabierta.

—¿Eres consciente de que es un Pierrot original?

El resto la miraba sin entender nada.

—¿No os suena Pierrot? —insistió Fauna con un asomo de pánico en la voz—. ¡Uno de los pintores surrealistas más famosos! Es conocido por pintar y esculpir exclusivamente pierrots. El pierrot es esa clase de payaso triste y callado...

—Tengo un grave problema de audición —dijo la tía Epicaricacia—. Siempre que me hablan de arte, lo único que oigo es una especie de borboteo, como de cañería atascada.

Enredo se acordaba de la pintura, que antes estaba en la habitación coral. No era de los cuadros más feos, para ser de la colección Swift. Mostraba a un payaso con camisa y pantalones blancos y muy anchos, una gorguera blanca y negra en el cuello y un gorrito negro ceñido a la cabeza. No llevaba una narizota roja ni nada, solo la cara maquillada de color blanco, por lo que Enredo siempre había creído que no había terminado de maquillarse.

Fauna inspiró profundamente.

—No importa —dijo—. Lo que sí importa, aparte de su incalculable valor artístico, es su valor económico.

—¿Cuánto vale? —preguntó Enredo.

Fauna se lo dijo. Entonces fue la tía Epicaricacia la que se quedó boquiabierta.

—Todo este tiempo —empezó a decir casi sin voz, apoyándose en el bastón—, todo este tiempo pasando apuros económicos, posponiendo reparaciones necesarias, buscando el tesoro de Canalla para pagar las facturas cuando lo único que tenía que hacer era vender ese viejo payaso —dijo mirando a Fauna con desesperación—. ¿Seguro que no es falso?

Fauna negó con la cabeza.

—Lo he comprobado. La firma del autor está por detrás del lienzo. Siempre firmaba con tinta azul nomeolvides, es inconfundible.

—Espera un momento —dijo Cocinera mirando el espacio en blanco de la pared—. Roban una obra de arte famosa y nos dejan un montaje extraño y aparatoso. ¿No os recuerda algo?

A Enredo no le recordaba nada, pero, uno a uno, los adultos ahogaron una exclamación de sorpresa, como si les hubieran clavado una aguja.

—No pueden haber sido ellos —dijo la tía Epicaricacia con un resoplido desdeñoso.

—¿Por qué fijarse en nosotros? —preguntó Tempestad.

—Tengo una idea —dijo Fauna con tono serio mirando los jirones de tela que se habían enganchado en la lámpara con determinación—. Tía Epicaricacia, ¿cómo dices que llegó el cuadro a nuestras manos?

—Timo lo ganó en una partida de cartas hace muchos años.

—Y, cómo decirlo con delicadeza, ¿jugó limpio en aquella partida?

—Teniendo en cuenta que se llamaba Timo, ¿a ti qué te parece? —respondió Epicaricacia.

Fauna asintió con la cabeza.

—Eso pensaba. Niñas, Tempestad, haced las maletas. Hacer las paces con los Martinet puede que sea más urgente de lo que pensábamos.

—¿Qué? ¿Quieres decir que vamos a París? —preguntó Enredo levantándose de un salto con el corazón latiéndole muy deprisa—. Pero ¿por qué?

—Porque los ladrones no nos consideran los dueños legítimos de ese cuadro. Probablemente se lo estén entregando a los Martinet en estos momentos. Si queremos recuperarlo, debemos encontrar la manera de poner fin a esta disputa. Hemos sido objeto de robo por parte de Oуволпо.

Enredo tenía cinco... diez... veinte preguntas. Pero la que logró abrirse paso entre todas las demás hasta ponerse la primera de la fila fue:

—¿Quién es Oуволпо?

*Nuevos secretos, nuevos cadáveres y toneladas
de diversión en este delicioso misterio
que rinde homenaje a las palabras,
la familia y los enredos.*



Tras resolver el misterio del intento de asesinato de la matriarca de la familia y averiguar dónde estaba escondido el tesoro del tío abuelo Canalla, Enredo bien podría presentarse a detective joven del año. Sin embargo, descubrir que unos ladrones planean robar en la casa Swift va a suponer todo un desafío para sus habilidades detectivescas.

El rastro conduce a Enredo y a sus hermanas hasta París y el hotel Martinet, hogar de una rama de la familia aislada del resto de los Swift. Desde allí, las chicas deben localizar a Ouvolpo, una banda de ladrones que conciben cada uno de sus robos como si se tratara de una atrevida obra de arte.



ANAYA

www.anayainfantilyjuvenil.com

1578760

ISBN 978-84-143-3531-4



9 788414 335314